

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Argelia [Algeria]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Bartet, Leyla
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-11 04:51:58
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/220307

Argelia. Itinerario de una crisis

Leyla Bartet

La opinión pública internacional descubrió con sorpresa, en octubre de 1988, que la República Argelina, cuya activa militancia tercermundista y explícita voluntad socialista la habían convertido en paradigma en las décadas del 60 y 70, oscilaba al borde del abismo. En efecto, el 5 de octubre de aquel año la población salió a las calles a gritar su descontento en forma de furia colectiva y espontánea que presagiaba el fin de una época. Un amplio sector de la juventud desempleada y desesperada empezó por apoyar las huelgas que en días precedentes habían paralizado Argel, la capital. El movimiento se originó como protesta por la degradación constante del poder adquisitivo, pero se convirtió rápidamente en un rechazo masivo al gobierno y sus símbolos, y más de un analista supo ver en estos acontecimientos los síntomas de un mal explosivo que había empezado a minar la sociedad argelina.

Leyla Bartet: Periodista y socióloga peruana residente en Venezuela. Corresponsal de El Día Latinoamericano y consultora de la UNESCO. Autora de varias publicaciones sobre problemáticas del Medio Oriente.

Algunos evocaron una sublevación del hambre: a lo largo y ancho del país, los vehículos de transporte de alimentos fueron asaltados y su cargamento distribuido entre la población. Pero el acontecimiento más importante de aquellos días fue, sin duda, el levantamiento de Bab-el Oued (literalmente, la puerta del río), un barrio pobre de los muchos que han florecido en los alrededores de la capital. A unos pasos de allí, se yergue el centro comercial Ryad-el-Fateh, monumento al consumo suntuario, construido por el entonces presidente Chadli Benjeddid, a cuya mercancía solo tiene acceso la jerarquía de las fuerzas armadas y la burguesía emergente vinculada al Frente de Liberación Nacional (FLN), partido único hasta

entonces. Marginados y acorralados, sin esperanzas de movilidad social, los jóvenes veían desfilar ante sus ojos los bienes que nunca tendrían. Paradójicamente, los líderes políticos del FLN habían construido un discurso basado en la idea de una democracia igualitarista y esta incongruencia les resultó fatal. Un olor a traición moral impregnaba el ambiente de Bab-el Oued. La población, en su mayoría constituida por jóvenes, se lanzó a las calles destruyendo a su paso todo lo que representaba el Estado, el Partido y la opulencia, respetando escrupulosamente los bienes de los particulares. Se trató de una protesta espontánea pero con claros contornos políticos.

Los improvisados eslóganes evocaban la humillación cotidiana, la miseria la marginalidad y el rechazo a un modelo que no había sabido satisfacer las necesidades básicas de las mayorías: «Somos seres humanos», «Sí a la justicia social, no a la opresión», «Este es nuestro Intifada», eran algunas de las consignas. Otras aludían a la célebre Batalla de Argel que determinó la derrota y el retiro del ejército colonial galo durante la guerra de independencia: «Como durante la lucha contra los franceses, ésta será la nueva Batalla de Argel». La sangrienta represión del gobierno (500 muertos, miles de heridos y detenidos) puso en evidencia la fragilidad del régimen que debió acudir al Ejército para controlar la situación, poniendo de manifiesto lo que todos sabían: en Argelia, el poder real estaba en los cuarteles.

Los acontecimientos de octubre de 1988 determinaron un vuelco en el panorama del país. La sociedad civil empezó a redibujarse, a recuperar el uso de la palabra y el gesto tras 25 años de silencio. Surgieron asociaciones autónomas, organizaciones independientes y hasta los periodistas del muy oficial *El Mudyahid*, diario editado en francés, solicitaron mayor libertad de expresión. Por primera vez desde la independencia (1962) el espacio propio de acción apareció como una exigencia contrapuesta a la hegemonía política del FLN. Nadie en Occidente imaginaba que el vacío dejado por la disolución del gobierno sería llenado por lo que entonces todavía era un movimiento relativamente marginal: el Frente Islámico de Salvación (FIS). En las próximas líneas trataremos de explicar las razones que, en nuestra opinión, han determinado el crecimiento aluvional del FIS en Argelia, crecimiento que significa - por las características mismas de esta organización - mucho más de lo que en otras regiones del mundo puede ser la primacía de un partido sobre otro. En este sentido vale la pena tomar en cuenta las siguientes observaciones:

1) La opción asumida por las grandes mayorías en Argelia en los últimos tres años trasciende el deseo de oponerse a la alternativa oficial. De hecho, ya a principios de

1989 el FLN se vio obligado a ceder su monopolio político dejándole espacio a otros partidos (como veremos más adelante). El FIS no era la única opción frente al gobierno. Sin embargo, a fines de 1989, en las elecciones para la Asamblea Constituyente, el electorado votó masivamente por el islamismo prefiriéndolo a los otros proyectos.

2) Parece cierto que el FIS (y otros movimientos integristas del Magreb y del Levante) reciben apoyo financiero del exterior, en particular de Arabia Saudita, Irán, Pakistán, etc. Sin embargo, las explicaciones de tipo «exogenista» que pretenden encontrar las causas de la irrupción política del integrismo en el financiamiento extranjero son equivocadas. La sola ayuda económica no puede explicar un fenómeno de tal envergadura.

3) La situación política y económica constituye, sin duda, el marco particular de la crisis, determinando los males específicos de los cuales adolece la sociedad argelina, pero a estos dos factores se agrega un tercero de tipo histórico-cultural. Un análisis que se reduzca a considerar sólo los dos primeros dejará sin respuesta las preguntas a las cuales trata de responder el presente trabajo: ¿Por qué la oposición al gobierno y al modelo de Estado vigente toma la forma de un retorno a la utopía teocrática del islam (un Estado regido por las leyes coránicas puras como lo fue el semi-Estado de Medina entre los años 622 y 632) existiendo nuevos partidos democráticos, progresistas y laicos que recogían las reivindicaciones de las mayorías? ¿Cómo se explica que en la actualidad, y moviéndose el FIS en la clandestinidad, su discurso se ocupe poco o nada de los graves problemas económicos del país, sino más bien en un plano moral, y aun así conserve el apoyo de las masas?

Vale la pena darle al fenómeno todo su peso en el contexto regional. No se trata de un hecho aislado: los ascendentes movimientos islamistas, más allá de sus múltiples matices, preocupan con razón a los gobiernos de Túnez, Egipto, Líbano, Marruecos, a la laica Turquía y a la OLP palestina, minada por los islamistas del grupo Hamas en los territorios ocupados.

De la independencia a la dependencia: el fracaso económico

Para algunos especialistas, el desmoronamiento de la economía argelina le debe mucho al gobierno boumediennista¹ de estatización forzada e «industrializante»

¹ Ouari Bumedienne ocupó la presidencia desde 1965, fecha en la cual derrocó a su predecesor, Ahmed Ben Bella. Si este último proponía un sistema de gobierno heterodoxo, Boumedienne en cambio trató de establecer las bases de un socialismo estatista. Permaneció en el poder hasta su

que determinó la destrucción de la agricultura, agravando las dificultades del suministro alimenticio, el mercado negro, los tráficos de todo tipo y la migración urbana. A este inadecuado proyecto, se agregó la caída de los precios petroleros, a inicios de la década pasada, con la consiguiente disminución en un 40% de los ingresos por exportación.

Iniciada entre 1983 y 1984, la crisis adquiere dimensiones dramáticas en 1986 con la baja de los precios del crudo y la caída del dólar, habida cuenta de que la economía argelina depende en un 95% de la exportación de hidrocarburos. Hasta entonces, el gobierno, seguro de sus sólidas reservas en divisas, se había endeudado para importar alimentos que su estrangulada agricultura no podía producir. Un 80% del consumo alimenticio proviene del exterior.

Hasta 1987, el país tenía un cómodo acceso al mercado internacional de capitales. ¿Qué importancia podía tener en este eufórico contexto que las empresas sólo trabajaran a un 30% de su capacidad, con un excedente de mano de obra no calificada de 50%? ¿Qué importaba que la población pasara de 11 millones de habitantes en 1966 a 23 millones en 1986, siguiendo un ritmo de crecimiento demográfico de 3,11% anual? La población argelina es de 24 millones de habitantes, 54% de los cuales tienen menos de 19 años.

Cuando los ingresos petroleros sufren una caída brutal, pasando de 57.000 millones de dinars (unos 14.000 millones de dólares) en 1983, a sólo 24.200 millones en 1988 (aproximadamente 6.000 millones de dólares), la catástrofe se hace inevitable. En ese mismo período el crecimiento del PBI disminuye de 7,5% a 1,5%. Lógicamente los mercados internacionales de capitales le cierran las puertas al país y la pauperización de la sociedad avanza a pasos agigantados².

Ante esta situación crítica, las autoridades dieron muestras de una pasividad irresponsable: se redujeron ligeramente las importaciones, se activó la emisión de billetes y el dinar perdió 40% de su valor en tres años: tras el levantamiento popular de octubre del 88, Kasdi Merba, el nuevo primer ministro, se vio en la incapacidad de regenciar la situación. No logró yugular una inflación del 9%. Una nueva devaluación del orden del 20% se impuso. Ya entonces el peso de la deuda se hacía insoportable: 26.000 millones de dólares, pésimamente negociados,

muerte ocurrida en 1978.

² Para mayor información sobre la crisis económica argelina, v. Zakya Daoud: «Dans la spirale de la dépendence financière» en *Le Monde Diplomatique*, febrero de 1992.

implicaban - entre reembolsos e intereses - unos 8.000 millones de dólares anuales, es decir, entre el 60 y el 80% de los ingresos del país por exportación.

Un nuevo primer ministro, Mouloul Hamrouche, nombrado en septiembre del 89, prefiere acudir nuevamente al mercado internacional de capitales, pero a pesar de esto y de algunas tibias medidas, no logra frenar la inflación (que alcanza el 35% en 1990) y el dinar sufre una nueva devaluación del 30%.

En este contexto, el clima social se hizo irrespirable. Hamrouche, que contó, sin embargo, con el beneficio de 3.000 millones de dólares suplementarios durante la guerra del Golfo, no logró cubrir el déficit fiscal y debió acudir al FMI. Los economistas argelinos aseguran que la obligatoria Carta de Intenciones supuso, ante todo, un acuerdo político. Estados Unidos habría manifestado su apoyo a las reformas y a la clásica política de ajuste estructural. No se tomó en cuenta la grave crisis social del país donde, ya entre 1988 y 1989, se había despedido a 152.000 trabajadores de las empresas estatales. Y esta cifra era sólo la mitad de lo que se debía licenciar.

En 1991, el país cargaba el peso de dos millones de desempleados y su número aumentaba en 200.000 cada año. Hoy, el 25% de la población activa está desocupada. Estas cifras alarmantes no dan cuenta del millón y medio de adolescentes que ni estudian ni trabajan: ellos encuentran en el FIS una respuesta a su miseria económica y moral.

En julio de 1991, Hamrouche es reemplazado por Sid Ahmed Ghazali, quien fuera ministro de Relaciones Exteriores durante la guerra del Golfo. Ghazali empezó por hacer un sombrío balance de la situación y criticó la actitud de Occidente, particularmente pasiva frente a la crisis argelina. Si bien es cierto que obtuvo una ayuda económica de 1.300 millones de dólares para financiar las importaciones esenciales, a esas alturas ese tipo de políticas aparecían como simples paliativos que no atacaban las causas del problema.

Tras el asesinato del presidente Mohamed Boudiaf, en 1992, se nombró un nuevo gobierno. Pero el actual primer ministro (el cuarto desde la revuelta del 88) Belaid Abdeslam parece, como sus predecesores, paralizado por la impotencia. Más de una analista ha opinado que, en este contexto, resultó un error interrumpir el proceso electoral legislativo de 1989. Si el FIS hubiera llegado al poder - como todo parecía indicarlo - no habría sido capaz de resolver la imposible ecuación económica argelina: si el país importa actualmente por un valor de 16.500 millones

de dólares y exporta solamente por 10.000 millones, ¿de dónde sacar los 6.500 millones que faltan? ¿Cómo dar el trabajo prometido a los más de tres millones de desocupados? Muchos argelinos republicanos creen que la crisis se hubiera encargado de desgastar a los islamistas. Pero su llegada al poder hubiera significado, para quienes gozan de privilegios desde hace un cuarto de siglo, la muerte en tanto que actores políticos. Ni las fuerzas armadas, ni la jerarquía del FLN estaban dispuestos a correr ese riesgo.

El islam en Argelia

A partir del siglo VII, cuando el actual territorio argelino es conquistado por el islam, la asociación entre identidad nacional y religión funcionó como pilar cohesionante de la sociedad. Más allá de los particularismos históricos, puede encontrarse una situación semejante en otros países del área. Argelia es ocupada militarmente por Francia desde 1830. A partir de 1847 - fecha de la rendición del Emir Abdelkader - impuso un modelo de colonización particularmente aculturante. Las universidades islámicas fueron desapareciendo para dar paso al sistema educativo colonial, del que se excluía a los nativos - o más bien ellos se autoexcluían - a pesar de lo establecido por ley. El francés se convirtió en la lengua de la administración y de los numerosos colonos que se implantaron en el territorio, mientras el árabe pasó a ser el idioma de la comunicación entre la población autóctona³. Pronto la maltratada identidad argelina encontró en el islam un asidero y una referencia para la construcción de un sentimiento nacional que se definía como oposición paradigmática frente al invasor occidental. No en vano los *ulemas* argelinos (hombres de religión) tenían como divisa la frase: «Argelia es mi patria, el árabe mi lengua, el islam mi religión».

Vale la pena explicar brevemente las características más visibles de una religión cuyo funcionamiento es poco conocido de este lado del Atlántico, salvo cuando se le vincula a algún hecho de actualidad y, en ese caso, aparece deformado o simplificado⁴. El orientalista francés Maxirne Rodinson define el islam como un «movimiento ideológico-político-religioso». El islam no admite separación entre lo temporal y espiritual. Se trata de una doctrina totalizadora que carece de Iglesia y jerarquía eclesiástica tal como existen, por ejemplo, en las otras grandes religiones

³ La lengua original del país es el bérbero. Tras la conquista árabe en el siglo VII, a la cual opusieron fuerte resistencia, los bérberos se convirtieron al islam. Actualmente, un 20% de la población argelina habla bérbero y se opuso a la política de arabización forzada, llevada adelante por el gobierno tras la independencia.

⁴ V. Edward Said: *Covering islam*, Pantheon Books, Nueva York 1981; v. Noam Chomsky: «Libia en la demonología norteamericana» en *Quehacer* N° 59, Desco, Lima.

monoteístas. Existe, además, un conjunto de leyes que se desprenden del Corán y constituyen un código legal (la *Charia*) encargado de regir la vida social del hombre en la tierra. Los *ulemas* son hombres de religión que extraen su rango de una autoridad personal. La mezquita, por otra parte, es un lugar de reunión de formación y de debate donde nadie posee el monopolio de la oración o del sermón. Por esta razón y a lo largo de la historia, la mezquita ha sido y es un espacio de práctica política tanto como de ejercicio religioso. El islam es, pues, el hombre solo frente a Dios.

Desde fines de la segunda guerra mundial, la resistencia argelina se había manifestado a través de sublevaciones, a veces de apariencia tribal, en la agitación de la burguesía nacionalista urbana, en la acción sindical y en la rebelión abierta de los *feddayin* (guerreros del islam). En todos estos movimientos existía el común rechazo al *rumi*, al infiel.

Con el fin de bloquear el desarrollo de estos movimientos, el declinante poder colonial practicó una política de desplazamientos de poblaciones que tenía el doble fin de desarraigar al campesinado de su zona de origen y frenar la compleja simbiosis existente entre el *mudyaiddin* (combatiente) del Frente de Liberación Nacional (FLN) y el *Musabilin* (apoyos auxiliares dentro de la población). La administración francesa impuso la creación de los llamados «villages de regroupement» con las poblaciones transferidas. Hacia el final de la guerra de liberación, más de dos millones de personas eran controladas dentro de estos centros de reagrupamiento, un millón había huido hacia las ciudades y otros 300.000 se habían refugiado en el exterior⁵.

Las consecuencias sociales y culturales fueron incalculables: la familia campesina, que ignoraba la racionalización monetaria y la burocracia se vio sometida a la institucionalización forzada de una vida programada (repartición de víveres, controles, etc.). De más está decir que esta contratáctica francesa contribuyó a reforzar el apoyo masivo al FLN y arraigar aún más los valores autóctonos. Ya entonces la mayoría se refugió en una visión nacionalista casi mesiánica, evocando los llamados del Corán a la Guerra Santa (*Dyihad*).

De hecho, a pesar de su vocación secular y republicana en el ámbito institucional y de su voluntad de calificar al nuevo Estado como una democracia socialista, el gobierno del FLN no estableció jamás una ruptura con el islam. Esta hubiera sido violentamente rechazada como un atentado contra la identidad. La Constitución de

⁵ Para mayores detalles, v. Jean Paul Charnay: *L'Islam et la guerre*, Ed Fayard, París, 1886.

1976 disponía que ésa debía ser la religión del Estado (art. 2), el árabe, el idioma nacional (art. 3) y que el presidente de la república debía ser de confesión musulmana (art. 107) y debe «prestar juramento en favor del respeto y de la gloria del islam». Además, el texto precisa que «el socialismo no es una religión (...) es un arma teórica y estratégica al servicio de la revolución y del islam».

Así Argelia asumió, desde sus orígenes independientes, una forma de confesionalismo, un proyecto a la vez temporal y espiritual.

Itinerario de la crisis política

A inicios de 1989, el contexto global del país era definitivamente favorable a una alternativa como la que propugnaba el FIS. La violenta represión que siguió a la sublevación popular marcó la ruptura entre una ciudadanía que participó en la lucha anticolonial y la apoyó con fervor con la esperanza de lograr la satisfacción de sus necesidades básicas a todo nivel, y el partido que la representó: el FLN. Pero éste no supo responder a sus expectativas.

Los errores del gobierno y la corrupción generalizada de la clase política y de la alta jerarquía de las fuerzas armadas, hasta entonces los actores esenciales del paisaje político argelino, se acumularon hasta hacerse insoportables. En una lógica muy islámica, los detentadores del poder aparecieron como traidores a sus propios principios, a su fe, y a sus promesas, convirtiéndose así en portadores «del Mal». El modelo de sociedad «occidental» propuesto por el FLN, su forma de «modernidad», es a sus ojos la causa de la crisis del país. Siendo occidental se opone a los valores nacionales y, por lo tanto, al islam. La religión aparece, dentro de este sistema lógico, como contraposición esencial al occidentalismo y como única salida «auténtica».

Atrapado entre la crisis económica, el crecimiento del malestar social y el desarrollo constante del FIS, el gobierno de Benjeddid se dedicó a lo largo del año 89 a ampliar el paisaje partidista, autorizando el funcionamiento de organizaciones políticas hasta entonces prohibidas. Cediendo a las presiones del ala liberal del FLN, convocó a un referéndum constitucional que permitió importantes reformas: separación Estado-partido, supresión de toda alusión al socialismo y legalización implícita del multipartidismo. En un intento por limitar el peso de las fuerzas armadas, las reformas definían su papel no ya como «participante en el desarrollo del país y en la edificación del socialismo» sino como simple «garante de la unidad e integridad territorial» teniendo como misión «la defensa de la soberanía

nacional». En otras palabras, se le acordaba una función más profesional. Como se verá más adelante, los acontecimientos se encargaron de demostrar que el ejército no sólo no tomó en cuenta los nuevos textos constitucionales, sino que se deshizo rápidamente del propio Benjeddid.

La aparición de los partidos en el panorama político nacional engañó a las autoridades y a muchos observadores occidentales. A pesar de sus matices y la diversidad de opciones que ofrecían, sólo lograron una audiencia limitada. Entre esos destacaban el Frente de Fuerzas Sociales (FFS), próximo a la socialdemocracia europea y dirigido por uno de los héroes de la independencia, Hocine Ait Ahmed; el Partido de la Vanguardia Socialista (PAGS), de tendencia comunista y el Movimiento por la Democracia en Argelia (MDA) del ex-presidente Ahmed Ben Bella. Este último, que volvía de un largo exilio, intentó renovar su proyecto de fusionar un Estado moderno con la tradición islámica. Pero su discurso se acercaba al del FIS, sin contar con el aval que le había acordado a este último su largo trabajo en el terreno con las bases a las que se dirigía. Su imagen no convenció.

En diciembre de 1991 se convocó a elecciones legislativas. Hasta entonces, el régimen de Benjeddid se había limitado a perseguir al ala radical del FIS (los llamados «afganos» por haber combatido como voluntarios al lado de los mudyaidin en Afganistán) dejando actuar al sector moderado. Seguro de obtener la mayoría, como había ocurrido en ocasiones anteriores, el FLN desestimó el malestar popular y la capitalización del mismo por parte del FIS. Los resultados le dieron un amplio triunfo a los islámicos en la primera vuelta electoral, augurando una mayoría absoluta en la segunda. Y si el FIS llegaba al congreso con más de dos tercios de las curules, la modificación de la Constitución era inevitable.

Las decisiones políticas que siguieron demuestran la notable miopía del gobierno y de las fuerzas armadas o, en su lugar, una voluntad ciega de aferrarse al poder a cualquier costo, aunque fuese el de hundir al país en una situación sin retorno. De hecho, la interrupción del proceso electoral que siguió a los resultados de la primera vuelta convenció al FIS no sólo de la justeza de su estrategia sino de la validez de su discurso. La nueva situación represiva agudizó las polarizaciones y potenció ese discurso mesiánico, escatológico y finalista.

Los hechos de sucedieron entonces con una velocidad extrema. El presidente Chadli Benjeddid se vio obligado - por presiones del ejército - a renunciar, el 11 de enero de 1992. El flamante Alto Comité de Estado instaló a su cabeza a un viejo dirigente del FLN, hasta entonces exilado en Marruecos, Mohammed Boudiaf.

Poco duró su voluntad reestructuradora de los grupos internos de poder. El 29 de julio de ese mismo año, uno de los miembros de su escolta lo ametralló en Annaba. Nadie se atrevió a culpar al FIS. Era evidente hasta para la viuda (que así lo declaró a la prensa en carta pública), que los asesinos están dentro de las fuerzas armadas.

En agosto, una bomba depositada en el aeropuerto de Argel le costó la vida a diez personas y dejó un saldo de numerosos heridos. Al parecer se trató de un ala radical del FIS. Ese fue el inicio de una escalada de violencia que persiste todavía.

En el presente contexto de disolución del Estado, el ejército ha dejado de ser el único actor político con capacidad de iniciativa. El FIS aparece como un contendor al que la represión radicaliza cada vez más. Paradójicamente, el primero extrae su fuerza de las armas, mientras el segundo se beneficia de la política represiva del primero.

En la clandestinidad, el FIS ha modificado sus tácticas. Por ejemplo, el Movimiento Islámico Armado (MIA) del «duro» Abdelkader Chabouti, ha tomado el lugar de los líderes moderados arrestados hace un año y condenados a dos lustros de cárcel (Abassi Madani y Ali Benhadj).

Las autoridades, a sugerencia de las fuerzas armadas, han adoptado medidas drásticas dirigidas al control y la represión de las grandes capas desfavorecidas del país, semillero - en su opinión - de futuros militantes islámicos: promulgación de un decreto antiterrorista, creación de tres cortes especiales para juzgar a los autores de actos subversivos, disminución a 16 años de la responsabilidad penal, creación de unidades especiales de «lucha antiterrorista», arrestos masivos de sospechosos, generalización de la tortura, multiplicación de las condenas a muerte y finalmente, el 10 de enero de 1993, las primeras ejecuciones capitales desde la independencia⁶.

Al mismo tiempo, el régimen no introduce cambios substanciales en la situación interna y los abusos se multiplican. La lógica del nuevo presidente, Ali Kafi, es terminante: «sería un error, afirma, hablar de soberanía del Derecho en un Estado que enfrenta la destrucción y cuya estabilidad está en peligro». Por otra parte, aquellos sectores de la poco numerosa clase media urbana que no se sienten próximos al FIS, aparecen desamparados tras la muerte de Boudiaf, su última esperanza. De alguna manera, conscientes de la ingobernabilidad de la crisis, han

⁶ *Le Monde*, 9/1/1993.

llegado a imaginar que la única salida sería un Estado «fuerte» bajo conducción militar⁷.

En este panorama los partidos políticos han demostrado hasta la fecha muy poca capacidad de interpretar las preocupaciones de la población, de seguir su pulso. No buscan alternativas reales para elaborar un modelo de desarrollo que resulte, si no universalmente aceptable, cuando menos aceptable por los sectores mayoritarios, un modelo que tome en cuenta la dimensión cultural de la Argelia contemporánea⁸ y que responda a la vieja preocupación de las élites intelectuales del islam ilustrado, a saber, encontrar la fusión posible entre islam y modernidad. En cambio, los partidos existentes se agotan en debates estériles o peligrosos sobre la conveniencia de mantener un gobierno de excepción, la pertinencia de convocar a nuevas elecciones en un panorama de crisis, o de llamar a un golpe de Estado.

Consideraciones finales

A principios de este año el historiador Mohamed Harbi publicó un libro titulado *Argelia y su destino*. Sin intentar apoyar al FIS, Harbi hace un análisis de la continuidad histórica del proceso argelino, insistiendo en ciertas constantes como la imposibilidad de acuerdos nacionales en situaciones de crisis. Refiriéndose al presente, comenta: «Para resolver los problemas actuales se necesitaría mucho dinero o mucha ideología». Visiblemente el gobierno carece de lo uno y de lo otro.

Recuperando las hipótesis iniciales del presente artículo, es posible constatar que, en el ámbito político, ha ocurrido una suerte de desplazamiento de la credibilidad del discurso. Los argumentos convincentes no son ya económicos, sino morales (es decir, ideológicos). Y basados en una moral específica: aquella del islam. Como en otros países de la región (y en otras latitudes del diverso Tercer Mundo) las mayorías han optado por un aristotélico «verosímil imposible», porque lo posible resulta inverosímil. La crisis de los partidos tradicionales se pone de manifiesto en diferentes lugares del mundo, aparecen líderes de nuevo cuño (los outsiders) y organizaciones políticas que rompen con lo establecido. En el caso de Argelia, su

⁷ Ignacio Ramonet, afirma que «la población, aun aquella que rechaza la violencia, permanece fiel al FIS». Esto se explica por la integridad moral de la organización, que permite denunciar implacablemente la incuria, los excesos y la corrupción reinantes, haciendo de portavoz de los humildes, solidarizándose con los desposeídos (los mustazafin, a nombre de los cuales se tomó el poder en Irán hace más de una década), inspirándose en el Corán. Además, el FIS también cuenta con sólidas bases en un sector de la élite, aquel de la comunidad científica, y que todos ellos integran una mayoría hostil a Occidente (*Le Monde Diplomatique*, 2/1993, nota editorial).

⁸ Sobre la dimensión cultural del desarrollo existe una amplia bibliografía editada por la Unesco bajo la dirección de Amadou Ma'tar M'Bow.

tradición cultural hacía lógica la búsqueda de soluciones por la vía islámica. Hoy el balón está en el campo de la moral y en ese terreno lo religioso tiene mucho que decir.

Ni el ecumenismo explícito de Ben Bella logró abrirse campo en la convulsionada realidad argelina. Tendiéndole un puente al FIS moderado (con el cual Ben Bella propugnaba una alianza) dijo, a su retorno a Argelia, tras largos años de prisión y exilio: «El islam podría ser la solución para muchos países del Tercer Mundo. Si nos ha sido útil durante 700 años, ¿por qué ahora sus principios no habrían de sernos útiles también? Pero ni el aura heroica del ex-independentista, ni su discurso integracionista hicieron de Ben Bella un líder. Sus propuestas económicas y políticas eran coherentes pero el eclecticismo de su discurso no convenció a esas mayorías que le habían dado un 60 por ciento de votos al FIS (a pesar de las irregularidades durante el escrutinio). A esas alturas de la polarización, Ben Bella resultaba demasiado realista.

El FIS, en cambio, ha sabido delimitar su campo discursivo. Se sitúa claramente en el espacio de lo moral, eludiendo o abordando muy superficialmente la problemática específica del país. Se trata, además, de una moral específica y reconocible para el interlocutor. La religión musulmana es, para los pueblos que la profesan, el identificador y el autenticador por excelencia. Su lenguaje se arraiga en una fe históricamente compartida que ha atravesado lapsos de latencia (en Argelia, el período que se extiende entre 1962 y 1980), para resurgir allí donde aparecen las fallas, las rupturas y las crisis. A lo largo de la Historia ha funcionado como factor de revolución permanente: cada levantamiento proponía remedios para los males del presente, todos esgrimían una suerte de revisionismo para volver a los valores y principios originales y todo se construía como una escatología. A Argelia le ha tocado ser uno - pero no el único - escenario de una lectura teocrática del Estado, la misma que aparece para las mayorías del país, como alternativa al fracaso de los modelos precedentes.

Referencias

- *Daoud, Zakya, LE MONDE DIPLOMATIQUE. - 1992; Dans la spirale de la dépendence financière.
- *Said, Edwar, COVERING ISLAM. - Nueva York, Pantheon Books. 1981; Libia en la demonología norteamericana.
- *Chomsky, Noam, QUEHACER. 59 - Lima, Descó;
- *Charnay, Jean Paul, L'ISLAM ET LA GUERRE. - París, Ed Fayard. 1886;

*Anónimo, LE MONDE - PRENSA. 9/1 - 1993.